lito en palito dos pájaros, uno vestido de abate y otro de mujer.

Calles laterales.

Las horribles apreturas que hemos tratado de representar todo lo posible á nuestros lectores, fuerzan, naturalmente, una porción de máscaras á pasar á las calles vecinas: las parejas de amantes van más tranquilas y más confiadas, y los alegres camaradas hallan en ellas sitio donde representar toda suerte de espectáculos.

Un grupo de hombres del pueblo, en traje de fiesta, ropilla corta y debajo chalecos guarnecidos de oro, los cabellos recogidos en largas redes, pendientes de la coronilla, van en compañía de muchachos vestidos de mujeres, paseándose de arriba abajo. Una de las mujeres parece estar en cinta, ya muy adelantada. Caminan pacíficamente y de repente se enfadan los hombres; sobreviene viva disputa; las mujeres toman parte; la pendencia se hace más agria; al último, sacan los contendientes grandes cuchillos de cartón plateado, y se echan uno á otro. Las mujeres los separan á gritos horribles; llevan el uno á un lado y el otro á otro: los circunstantes se interesan como si fuera en serio, tratando de dulcificar ambas partes.

A todo esto, la mujer en cinta se siente mala; traen una silla y las otras mujeres se ponen á su lado. Hace aspavientos y se lamenta, y de repente, con gran regocijo de los asistentes, da á luz cualquier monstruosi-

dad. La pieza ha terminado y la compañía se va á otro sitio á representar aquella misma, ú otra.

El romano, que siempre tiene presente historias de asesinatos, juega de buena gana con ellas en toda ocasión. Hasta los niños tienen un juego que llaman la *iglesia*, y representa un asesino refugiado en la escalera de una iglesia: los otros hacen de esbirros y tratan de prenderlo, usando todos los medios posibles, aunque sin atreverse á pisar el lugar de asilo.

Tan alegres farsas pasan en las calles laterales, en particular en la *Strada Babuina* y en la Plaza de España.

Los *Quacqueri* andan también en grupos y se entregan con más libertad á sus galanterías. Hacen una maniobra que provoca la risa de todo el mundo. Vienen doce en línea, á pasitos apresurados, sobre la punta de los piés; presentan un frente muy recto. De repente, cuando llegan á cierto sitio, forman por la derecha ó por la izquierda una columna y marchan con sus pasitos uno detrás de otro. De pronto, dando media vuelta á la derecha, se reforma el frente y se entran en una calle: luego, cuando menos se piensa, vuelven á la izquierda; la columna, como ensartándose en un asador, se mete dentro de una casa y los locos desaparecen.

Noche.

La noche se acerca y el barullo en el Corso es cada vez mayor. El movimiento de los coches se ha interrumpido tiempo ha; pues sucede que dos horas antes de anochecer ningún carruaje puede moverse del sitio.

La guardia del Papa y los guardas de á pié ocúpanse, en cuanto la cosa es posible, en separar del centro todos los carruajes y hacerlos entrar en línea recta y esto, entre la muchedumbre, ocasiona desórdenes y molestias. Reculan y se empujan y el que recula obliga á los que están detrás á hacer lo mismo, hasta que uno no puede más y sale con sus caballos de la fila. Entonces viénensele encima las injurias y las amenazas de los guardias á pié y á caballo. Es inútil que el desdichado cochero alegue la manifiesta imposibilidad; las injurias y las amenazas llueven sobre él cerca y, ó tiene que volver a entrar en fila, ó si hay una calle estrecha, marcharse, sin que sea la culpa suya.

Generalmente estas calles laterales están también llenas de coches detenidos, que llegaron tarde y no pudieron entrar en fila, por estar ya detenida la circulación de los carruajes.

Preparativos para las carreras.

Acércase el momento de las carreras de caballos y todos aquellos miles de espectadores espéranlo ansiosos.

Los que alquilan sillas, los empresarios de tablados, redoblan sus voces de oferta: *¡Luoghi! ¡Luoghi! ¡Avanti! ¡Luoghi nobili! ¡Luoghi padroni!* El negocio está en que ningún lugar quede vacío en los últimos momentos, aunque se dé á menos precio.

Y gracias que aún hay algún sitio que otro: pues el general baja á caballo con una parte de la guardia por

el centro del Corso, entre las dos filas de coches y echa á los peatones del único sitio que les quedaba. Cada cual busca una silla, un sitio en las graderías ó encima de un coche, entre los carruajes ó en una ventana conocida, de las que están en tal momento cuajadas de espectadores.

Mientras tanto, la plaza del Obelisco quedó limpia de gente y ofrece quizá uno de los espectáculos más hermosos que pueden verse en nuestros días. Las tres fachadas de graderías, cubiertas de tapices, que antes hemos descrito, cierran la plaza. Muchos miles de cabezas, mirando unas por encima de otras, ofrecen el aspecto de un antiguo Anfiteatro ó Circo. Sobre la grada central se levanta, en toda su altura, el Obelisco; pues el tablado sólo cubre el pedestal y conócese lo alto que es, al servir de medida de comparación á una masa de gente tan considerable. El espacio vacío reposa la vista y se observan, con vivo interés, las barreras vacías y la cuerda tendida delante.

El general baja el Corso y esta es la señal de que está evacuado, y detrás de él, la guardia no permite que nadie salga de la línea de los coches; después toma asiento en uno de los palcos.

Partida.

Según el orden que fija la suerte, vienen los caballos traídos por palafreneros muy bien vestidos, á la barrera, detrás de la cuerda; no traen freno ni caparazón. Sujétanles cordones en algunas partes del cuerpo, bolas

con puntas, y cubren con cuero, hasta el momento oportuno, las partes que aquellas bolas han de espolear, y también les pegan grandes hojas de talco. La mayor parte de ellos están ya impacientes y feroces cuando los traen á la barrera y los palafreneros necesitan toda su fuerza y maña para contenerlos.

El ansia de comenzar la carrera hácelos indomables. La vista de tanta gente los asusta. Golpean la barrera ó chocan con la cuerda y estos movimientos y desórdenes aumentan por momentos el interés del público.

Los palafreneros están sobre aviso y atentísimos, porque en el instante de la partida, la habilidad de soltarlos puede, tanto como otras circunstancias, decidir las ventajas de un caballo sobre otro.

Al fin, cae la cuerda y se sueltan los caballos.

Mientras están en el espacio libre, todavía tratan, saltando, de adelantarse unos á otros; mas una vez llegados al callejón, entre las dos filas de coches, toda la competencia es, las más de las veces, inútil.

Generalmente llevan la delantera dos, que corren con todas sus fuerzas; el piso echa chispas, á pesar de la *puzzolana* esparcida. Vuelan las crines, el talco suena y apenas se distinguen, cuando ya pasaron. Los otros, que van detrás, se apresuran, se tropiezan y se estorban. A veces viene á toda carrera un rezagado los pedazos de talco, roto, revolotean por la pista. Pronto han desaparecido los caballos á todas las miradas; el pueblo se acerca y llena de nuevo la carrera.

En el palacio de Venecia esperan otros palafreneros

la llegada de los caballos y saben, empleando muy buen arte, cogerlos y sujetarlos en un sitio cerrado. El premio es adjudicado al vencedor.

Así, una impresión violenta, repentina, instantánea, que miles de hombres aguardan largo tiempo, termina las fiestas. Muy pocos podrán darse cuenta de por qué esperaban ese momento y gozaban en él.

Mediante nuestra descripción, vese fácilmente que este juego puede resultar peligroso para los animales y los hombres. Vamos á citar algunos casos. En el angosto espacio, entre los coches, puede una rueda trasera sobresalir un poco, y debido á tal casualidad, detrás de este coche hay un poco más de anchura. Un caballo, empujado hacia un lado, trata de aprovecharse de aquel ensanche, salta y va á chocar en la rueda saliente.

Hemos presenciado el caso. De resultas de uno de tales choques cayó un caballo; tres de los que seguían cayeron encima y los últimos saltaron felizmente y continuaron su carrera.

A menudo queda uno muerto en el sitio y muchas veces, en estas circunstancias, los espectadores se han jugado la vida. También pueden suceder desgracias si los caballos se vuelven.

Se ha visto algunas veces que hombres malvados ó envidiosos, sacudieron la capa en los ojos de un caballo que llevaba gran delantera, obligándole á volverse ó correr de un lado y otro. Todavía es peor cuando no consiguen prenderlos, á la llegada á la plaza de Venc-

cia. En ese caso dan la vuelta, sin que nadie los pueda detener, y como la carrera se ha llenado de gente, causan muchas desgracias, que no se saben, ó que se olvidan.

Orden de cesar.

Generalmente, los caballos corren al anochecer. Llegados al palacio de Venecia, descargan un cañoncito: repítese esta señal en medio del Corso y la última vez cerca del Obelisco.

En el momento, los guardas dejan su puesto; cesa el orden, tanto tiempo mantenido, en las filas de coches, y de seguro es el instante, aún para el espectador tranquilo en su ventana, de angustia y desagrado, y merece que se hagan algunas observaciones.

Vimos ya que al punto de entrar la noche, que tantas cosas determina en Italia, interrumpe el acostumbrado paseo de coches los domingos y días de fiesta. Allí no hay guardias ni guardas. Es costumbre antigua y convencional pasear de aquel modo ordenado, arriba y abajo; pero en el momento que suena el *Ave Maria*, nadie quiere perder el derecho de volverse por donde y como bien le parece. Siendo el paseo de Carnaval en la misma calle y en la misma disposición, aunque la mucha gente y otras circunstancias lo hacen muy diferente, todos sostienen el mismo derecho de romper filas al comenzar la noche.

Considerando el gentío inmenso del Corso y viendo de nuevo lleno el espacio que sólo un punto estuvo

vacío, parécenos que sería de razón y de equidad disponer que cada carruaje siguiese su orden en la fila, saliendo por la calle lateral que le tuviese más cuenta, para volverse á su casa.

No es así, sino que inmediatamente después de la señal, algunos carruajes se van al medio, detienen y perturban á las gentes de á pie y si se da el caso, en aquella angostura, de que uno vaya hacia arriba y otro hacia abajo, ninguno de los dos puede moverse del sitio, estorbando la salida de los que, cuerdos, se quedaron en la fila.

Si un caballo que vuelve de la carrera tropieza en semejante nudo, auméntase en todas partes peligro, sufrimiento y enfado.

La noche.

Y, sin embargo, todo aquel enredijo llega á desenvolverse, un poco tarde, es verdad; pero en general, de manera feliz: es de noche y al que más y al que menos, le viene muy bien descansar un rato.

Teatro.

Todos los antifaces desaparecen por el momento y gran parte del público corre al teatro. Sólo en los palcos se ve algún dominó y señoras disfrazadas, aunque sin careta; todo el patio está en traje burgués. El teatro *Aliberti* y el *Argentina* dan ópera seria y baile, mezclados; *Valle* y *Capranica*, comedias y tragedias, y de *intermezzo* ópera cómica; *Pace* los imita, aunque imper-

fectamente, y de ahí abajo hay, hasta *Polichinela* y *Saltimbanqui* inclusive, muchos espectáculos de orden más bajo.

El gran teatro de *Tordenone*, que se quemó y luego de reedificado volvió á hundirse, ya no divierte al pueblo con sus piezas de gran espectáculo y sus otras exhibiciones.

La pasión de los romanos al teatro es grande y, en otro tiempo, era más viva en época de Carnaval, porque sólo entonces podían satisfacerla. Ahora, á lo menos, un teatro está abierto en verano y otoño y el público puede cumplirse el gusto, hasta cierto punto, la mayor parte del año.

Nos llevaría muy lejos de nuestro objeto entrar ahora en detallada descripción de los teatros y de las particularidades que los de Roma pueden ofrecer.

Nuestros lectores recordarán que se ha tratado de ello en otra parte.

Festine.

Poco tenemos también que decir de los llamados *Festine;* son esos grandes bailes de máscaras que se dan alguna vez en el teatro *Aliberti*, espléndidamente iluminado.

El dominó se considera, en semejantes fiestas, el disfraz más conveniente á caballeros y señoras, y todo el salón vese lleno de figuras negras; escasas máscaras características, vestidas de colores, se ven mezcladas á ellos.

Así es mayor la curiosidad al presentarse algunas figuras nobles que eligen, aunque no es muy frecuente, sus disfraces, en las distintas épocas artísticas ó imitan magistralmente las diferentes estatuas que hay en Roma; divinidades egipcias, sacerdotisas, Bacos ó Ariadnas, la Musa de la Tragedia, de la Historia, una ciudad, vestales, un cónsul, más ó menos bien reproducidos, según el traje.

Baile.

En general los bailes de estas fiestas se ejecutan en largas filas, á la manera inglesa, con la diferencia que, en sus *tours*, poco frecuentes, expresan de ordinario algo característico y pantomímico: dos amantes que se incomodan y se reconcilian, se separan y se encuentran. Los romanos están acostumbrados á muy marcada gesticulación en el baile pantomímico. Nadie baila con la soltura del que ha aprendido según las reglas del Arte. El *minuet*, particularmente, se considera obra maestra, y sólo muy pocas parejas lo bailan. Al rededor de ellas hacen los demás círculo, las admiran y al final son muy aplaudidas.

La mañana.

Mientras que el mundo galante se divierte así hasta la mañana, al romper el día ya comienzan á trabajar en el Corso, para limpiarlo y ponerlo en orden. Lo que más cuidan es de esparcir la *puzzolana* en el medio, con pulcritud é igualdad. Poco después, los palafreneros traen delante del Obelisco aquel caballo que peor se portó el

día anterior. Montan en él á un muchacho, y otro jinete lo va sacudiendo delante de sí con un látigo, de suerte que el animal emplea todas sus fuerzas en salir del camino lo más pronto posible.

A las dos de la tarde, poco más ó menos, después que la campana dió la señal, comienza cada día el círculo de las fiestas ya descritas. Las gentes llegan, la guardia sube, cuélganse de tapices ventanas, balcones y tablados, aumentan las máscaras, que se entregan á sus locuras, los coches suben y bajan y la calle está más ó menos colmada, según la influencia más ó menos favorable del tiempo y otras circunstancias. Hacia el fin del Carnaval, aumentan, como es natural, los espectadores, las máscaras, los coches, los trajes y el ruido, pero nada llega á las apreturas y á las extravagancias del último día y de la última noche.

Último día.

Dos horas antes de terminarse el día, suelen los coches estar ya quietos; ninguno puede moverse en las calles laterales. Las gradas, las sillas, ocupadas desde más temprano, aunque se pagan más los sitios, todos tratan de colocarse lo antes posible y se espera, con más ansia que nunca, la salida de los caballos. Al fin, pasa el momento ruidoso, danse las señales de haber terminado la fiesta y ni coches, ni máscaras, ni espectadores se mueven de sus sitios.

Todo permanece tranquilo y silencioso, mientras se extienden suavemente las sombras de la noche.

Moccoli.

Apenas la obscuridad invadió las calles estrechas y profundas, cuando en una parte y otra se ven, en las ventanas y en los tablados, moverse luces, y en poco tiempo la circulación del fuego se extiende de tal modo, que toda la calle está iluminada con candelillas de cera.

Adornan los balcones faroles de papel transparente; cada uno tiene su antorcha fuera de la ventana; las graderías vense todas iluminadas y es la cosa más bonita de ver el interior de los coches, porque el techo hállase provisto de pequeños candelabros de cristal, que alumbran la reunión, mientras en otros, las señoras, con cirios pintados de colores en las manos, parecen invitar á la contemplación de su belleza.

Los lacayos fijan, al rededor de la cubierta de los carruajes, velas de cera. Los abiertos, ostentan farolillos de colores. Entre las gentes de á pié se ven muchos llevando pirámides de luces en la cabeza; otros ataron su luz en un haz de cañas y alcanzan á los segundos y terceros pisos.

Es obligación el llevar cada persona una candela encendida en la mano, y la imprecación favorita del romano: *¡Sia ammazzato!* se oye repetida en todas partes. *¡Sia ammazzato chi non porta moccolo!* ¡Muera el que no lleve candela! se gritan unos á otros, mientras tratan de apagarse mútuamente la luz. El encender y apagar y el grito incesante *¡Sia ammazzato!*, esparcen vida, movimiento y mutuo interés entre la inmensa

muchedumbre. Sin distinguir entre personas conocidas y desconocidas, trata cada cual de soplar la luz que tiene más cerca ó de encender la suya, y al mismo tiempo apagar la otra; y cuanto más fuerte se vocifera en todas partes *¡Sia ammazzato!*, más pierde la palabra su terrible sentido y más se olvida uno que está en Roma, donde tal imprecación puede realizarse por cualquier bagatela.

El significado de esta palabra llega poco á poco á perderse por completo. Y así como en otras lenguas usan maldiciones y palabras indecentes, queriendo expresar admiración y alegría, así se emplea esta noche *¡Sia ammazzato!* en son de grito de júbilo, estribillo de todas las bromas, burlas y cumplimientos.

Óyese con burla *¡Sia ammazzato il Signore Abbate che fa l'amore!*

Ó al pasar un amigo apostrofa á otro: *¡Sia ammazzato il Signore Filippo!* Ó como lisonja sobreentendida y cumplimiento: *¡Sia ammazzata la bella Principessa! ¡Sia ammazzata la Signora Angelika, la prima pittrice del Secolo!*

Dicen estas frases rápidas, violentas, en tono sostenido, apoyando sobre la penúltima ó antepenúltima silaba y con los gritos continúa al mismo tiempo el soplar y el encender de las luces. Al encontrarse á alguien en una casa, en la escalera, en una habitación donde hay reunidas algunas personas, de ventana á ventana, en todas partes trátase de poder más que otro, apagándole su luz.

Todas las condiciones y edades están en guerra; súbense á los estribos de los coches; no hay candelabro seguro y apenas lo están los faroles. El chico apaga la luz de su padre y no cesa de gritar: *¡Sia ammazzato il signore padre!* En vano le reprende el viejo la falta de respeto; el muchacho sostiene la libertad de esta noche y continúa echando muertes al padre á más y mejor. Si á los dos extremos del Corso el barullo se disipa pronto, es para amontonarse, excesivo, en el medio. Allí la confusión es tal, que supera toda idea; ni el recuerdo más poderoso puede volver á representársela.

Nadie consigue ya moverse del sitio en que se encuentra sentado ó de pié. El calor de tanta gente y de tantas luces; el humo de tantas velas incesantemente apagadas; los gritos de tantos hombres que rugen con más fuerza porque no pueden mover sus miembros, concluyen dando vértigo á los más fuertes. Parece imposible que no ocurran muchas desgracias, que los caballos de los coches no se espanten, que no queden aplastadas ó lastimadas muchas personas.

Y, sin embargo, como al fin cada uno, más ó menos, desea verse libre y ya se mete en la primer callejuela que puede, ya busca un poco de aire en sitio algo más libre, la masa se va fundiendo de las extremidades al centro y la fiesta de la libertad general, esta saturnal moderna, termina en medio del aturdimiento común.

Apresúrase el pueblo á regalarse en bien servida mesa hasta la media noche, con las viandas que pronto van á ser prohibidas; el mundo elegante se va á los

teatros para despedirse de las representaciones, que han abreviado mucho y la media noche, que se acerca, pone fin también á estas diversiones.

Miércoles de ceniza.

Una fiesta extravagante pasó como un sueño, como un cuento, quedando de ella en el alma de los que la presenciaron, menos tal vez que en la de nuestros lectores, ante cuya imaginación hemos puesto el cuadro de su conjunto.

Si en el curso de estas locuras, el tosco Polichinela nos recuerda, de manera inconveniente, los placeres del amor al cual debemos nuestra existencia; si una bribona en la plaza pública descubre los secretos de la maternidad; si tantos cirios, en la noche encendidos, nos traen á la memoria la solemnidad última, en medio de la insensatez, esta fiesta llama la atención sobre las más importantes escenas de nuestra vida.

Todavía nos recuerda más la calle larga, estrecha y llena de gente, el camino de la vida, donde cada espectador y cada actor, con su cara descubierta ó con careta, desde el balcón ó desde el tablado, sólo ve delante de sí y á su lado espacio pequeñísimo: en coche ó á pié, no adelanta más, paso á paso; más lo empujan que va; más lo detienen que voluntariamente se para; esfuérzase en llegar á un puesto mejor y más alegre y allí también se encuentra estrecho y concluye por ser desalojado.

Si nos fuese permitido seguir hablando más serio de

lo que parece consentirlo el asunto, observaríamos que los placeres vivos y mayores se nos aparecen y emocionan sólo un instante, como los caballos que pasan volando delante de nosotros, sin dejar apenas huella en el alma; que únicamente en la embriaguez y la locura podemos gozar la libertad y la igualdad, y que el mayor de los placeres sólo nos atrae cuando está cerca del peligro y su proximidad nos ha hecho sentir cierta voluptuosa agonía.

Sin pensarlo, hemos terminado también nuestro Carnaval en una reflexión de miércoles de ceniza, con la cual no tememos entristecer á ninguno de nuestros lectores, más bien deseamos, puesto que la vida en suma, como el Carnaval romano, ni se puede abarcar de una mirada ni gozar de ella y hasta se halla llena de peligros, que esta indolente sociedad de máscaras nos recuerde que debe darse importancia á todo goce momentáneo, que á menudo nos parece baladí.

Marzo.

CORRESPONDENCIA.

El domingo fuimos á la Capilla Sixtina, donde el Papa asistía á la misa acompañado de los Cardenales. No vistiendo de rojo, sino de violeta, á causa de la Cuaresma, era espectáculo nuevo. Algunos días antes viera